

23 noviembre 1952

16-43

# Fatalidades de guerra

Se respira en el mundo civilizado un ambiente de bochorno moral, de congoja del porvenir. Y la obsesión de la guerra. A cuenta de lo cual se sueltan las más absurdas ineptias bélicas o pacifistas. Pues parece que están en competencia los condenadores de la guerra y los que exaltan su virtud depuradora a quién emite más vaciedades y ramplonerías. ¿Cómo evitar la guerra? David Lloyd George decía hace poco que en 1914 ningún gobernante de Europa quería la guerra y sin embargo estalló la guerra. Esta es la fija. ¿Y por qué? Porque fué la guerra misma la que se veía forzada a venir. ¿Algo fatal, como una epidemia? Sin duda.

Schopenhauer, el que meditó sobre la voluntad de la Naturaleza, hablaba del genio de la especie humana—potencia impersonal—, que para propagar a ésta juntaba varón y mujer. Y el mismo Schopenhauer, y luego Hartmann—el de la filosofía de lo inconsciente—, profetizaron el suicidio colectivo del linaje humano. Mas lo cierto es que hay suicidios colectivos parciales y que las más de las guerras obedecen, en el fondo, a la necesidad de una sangría. Cuando una gata no puede criar toda su lechigada, se come parte de ésta. Y las guerras en la especie animal humana suelen ser un procedimiento malthusiano de refrenar la excesiva propagación. Nadie duda de que suelen deberse a diferencias de presión demográfica. Los pueblos sobrepoblados se arrojan sobre los de población densa: los pobres sobre los ricos.

En los principios de este siglo—y fines del pasado—, se estuvo produciendo no para el consumo sino consumiendo para la producción y a la fuerza casi. Crecía la población y se hacía crecer las necesidades. Las máquinas iban devorando a los hombres y ma-



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

quinizándolos. Los trabajadores, en especial los de países de economía de salarios altos se iban haciendo a un tenor de vida de que luego no habrían de saber descender. A medida que crecía el que Carlos Marx llamó el ejército de reserva del proletariado, merced a las victorias pírricas de éste, se iba preparando el actual ejército de los parados, de los sin trabajo ni de dónde sacarlo. Y así se ha venido a parar a un estado social no muy diferente del estado social al hundirse el Imperio Romano y abrirse el reposo rural de la edad media. Y junto al instinto suicida de la guerra, aumenta el uso de todas las drogas y de todos los medios que esterilizan a la especie humana. Y el problema pavoroso no es el de la redistribución de la riqueza sino el de la redistribución de la población humana. Para lo cual, ¿qué valor tienen todas las declamaciones en contra o en favor de la guerra?

Y a la vez se declama en contra o a favor del imperialismo. Imperialismo, ¿de qué o de quién? Cada país acusa de imperialista a su vecino. Cada pueblo pide su puesto al sol y culpa a otro de que se lo quita.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES



Y viniendo ahora a lo concreto de hoy y de aquí ante los anuncios agoreros y apocalípticos de una nueva guerra europea empiezan a rebrotar en nuestra España pasiones que en 1914 y después produjeron nuestras intestinas discusiones entre germanófilos y aliadófilos, entre una clase y otra de neutralistas ya que intervencionistas apenas los hubo. Y otra vez se alza una cierta gritería—no muy pronunciada—, por si se la quiere o no llevar a España a la guerra. Sin pensar que en caso de estallar ésta cada nación se verá o no arrastrada a ella por condiciones que no dependen de la voluntad nacional, por determinaciones geográficas e históricas. Su situación geográfica le obligó a Bélgica a tomar parte en la guerra. Suiza pudo defenderse de ello, pero no sin tener que armarse. Porque no cabe una verdadera neutralidad inermes. Para poder mantenerse neutral hay que armarse.



¿Por qué ha levantado ese toletole la afirmación del ministro de Obras Públicas de que había que rehacer el puerto de Mahón para poder luego fortificarlo e impedir que una potencia cualquiera en caso de guerra en el Mediterráneo lo ocupara? ¿Es que si la neutralidad de Bélgica fué atropellada en 1914, lo que la obligó a ser beligerante, no podría mañana, otro día, en caso de nueva guerra, ser atropellada en Baleares la neutralidad española? ¿Por quién? Por quien fuere. ¿Es que no nos las andarían rondando esas Baleares?

¿Imperialismo? Sí, y le hay de dos formas, el que se ejerce hacia fuera, tratando de juzgar a los extranjeros, y hacia dentro, sojuzgando a los nacionales. ¿Qué son el régimen bolchevique en Rusia, y el régimen fascista en Italia sino imperialismos? Y el imperialismo interior lleva forzosamente al imperialismo exterior. Todo pueblo que no cabiendo en sí oprime a sus naturales para reprimir su instinto de liberación se vé forzado al cabo a lanzarlos contra el extranjero, a que lleven a otros pueblos o a la guerra o a la revolución. Que hay también un imperialismo revolucionario. O mejor, que todo revolucionario de exportación es imperialista.

¡Lo que se disputó desde 1914 a 1918 en España sobre la neutralidad! Y los que con más ahínco abogaban por la neutralidad—así la llamaban—, de España eran los que sentían que no era posible quebrantarla a favor de las potencias de su predilección. Eran los que en secreto—no tan en secreto—, maldecían de la que alguno de ellos llamó la fatalidad geográfica de España.

En resumen: la guerra, si estalla, será una fatalidad—una fatalidad biológica malthusiana—, la posición geográfica de España es otra fatalidad. Otra es la de tener que defender nuestra neutralidad, y otra que la neutralidad no se defiende sino armándose.

[Publicado en periódicos de provincias; entre otros, en "La Voz de Guipúzcoa", San Sebastián, 13 noviembre, 1932]



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA